

de vuestros escogidos: y esto consuela nuestra justa afliccion. Por lo que á nosotros pertenece, si merecen los mas cordiales agradecimientos el zelo por el público, de quien fué en gran parte victima su vida, el desinterés con que nos gobernó, el amor con que protegió á todos sin distincion ni acepcion de personas, correspondámosle uniendo nuestros votos á los del Pontífice sagrado que acaba de ofrecer por su alma el sacrificio de espiacion: levantemos nuestros clamores hasta el trono de la piedad divina, pidámosle que la sinceridad que dirigió los pasos del escelentísimo señor Galvez en su mortal carrera, le conduzca hasta su adorable presencia, y sea mérito para que repose en eterno descanso.

SERMON PRIMERO  
DE PROFESION RELIGIOSA.

*Ecce nos reliquimus omnia :: centuplum accipietis. Matth. cap. 19. vv. 27. et 29.*

**L**a entera y universal renuncia del mundo y de sus bienes: las magnificas promesas de la vida eterna, del glorioso ministerio de juez en el dia último de los tiempos y de los bienes todos multiplicados desde esta mortal vida son en el Evangelio que habeis oido el caracter mas propio de un perfecto apóstol que todo lo abandona por Dios; y la amorosa dignacion de un Dios, siempre grande en sus recompensas, que todo se lo vuelve mejorado. *Todo lo hemos dejado por tu amor:* así es como se esplicaban en un tiempo los amantes discípulos de Jesucristo despues de haber abandonado los bienes todos por seguirle; y así es tambien, amada hermana mia, como usando de las mismas palabras os dirigis á vuestro celestial esposo en este día solemne, en que determinás-

teis confirmar con tres inviolables promesas vuestra generosa resolucion. Acaso al meditar profundamente toda la estrecha y penosa obligacion de esta protesta *todo lo hemos dejado*, presentándoseos como de tropel padres, hermanos, comodidades, placeres, halagueñas y dulces esperanzas de que os vais á separar para siempre, acaso penetrada de dolor llegareis como víctima que tiembla y se estremece bajo el cuchillo que le amenaza á presentar vuestros votos al Señor. Pero él mismo, para que no sea así, os confirma y alienta con sus fieles y ricas promesas. No solo la vida inmortal y feliz, no solo un trono y asiento distinguido en el juicio universal al lado del supremo juez son los abundantes premios en que el Señor ofrece recompensaros: aun desde esta vida perecedera os promete volveros mejorados, aumentando ciento por uno, los mismos bienes que renunciáis, decia Jesucristo por San Mateo, no solo la vida eterna, sino el ciento por uno de todo lo que por mí dejásteis: *Centuplum accipietis*. Desde el presente siglo, decia por San Marcos, volveré con este prodigioso aumento los bienes todos que renunciásteis con tanta heroicidad: *Nemo est qui reliquerit domum, aut fratres, aut patrem, aut agros qui*

*non accipiat centies tantum nunc in tempore hoc.*

Dejemos á una cristiana é interior meditacion el discurrir sobre aquella incomprendible bienaventuranza que el Salvador promete á los que le siguen superior á cuanto podemos explicar; y, sin penetrar hasta el abismo insondable de bienes á que no alcanzan las groseras voces del hombre, figemos solo la atencion en aquella otra anticipada felicidad con que recompensa Dios desde esta vida la renuncia de todos los bienes volviéndolos con mejorado aumento. Este es á la verdad aquel misterioso secreto de la gracia, y la vocacion religiosa que el impío condena como imaginada necedad, y en que la prudencia del siglo se pasma y se confunde sin poder comprenderle. Al tiempo mismo que el mundo admira y aplaude con elogios la acertada eleccion de una alma religiosa como un medio el mas oportuno para su eterna felicidad; mezcla á los elogios que le tributa los sentimientos mas dolorosos de compasion ácia una persona á quien contempla sepultada en un claustro para pasar el resto de sus tristes dias en una vida obscura, penosa, miserable, tegida de mortificaciones y de asperezas. Yo no he venido, amada hermana, á lison-

gear vanamente vuestra suerte disimulando y encubriendo bajo floridas apariencias de comodidades y dulzuras las punzantes espinas de que está sembrado el camino que emprendisteis; ni menos á atemorizaros y confundiros ocultándoos la felicidad que en él encontrareis. Por tanto para la comun edificacion y vuestro aliento, siguiendo el espíritu del evangelio, me he propuesto el mostraros en esta mañana toda la austeridad y severa perfeccion de vuestro estado, y la incomparable felicidad que aun en esta vida le está vinculada: su penosa y severa perfeccion en la universal renuncia y despojo de las cosas todas, *reliquimus omnia*: su felicidad en la ventajosa posesion de estas mismas cosas, *centuplum accipietis*. De suerte que en el acto solemne de vuestra profesion hallareis el misterioso y secreto arbitrio de gozar sobre la tierra en esta vida los mismos bienes que despreciáis: y el medio de tenerlo todo, dexándolo todo.

Ni vos podiais haber elegido dia mas oportuno que aquel en que la memoria del glorioso Simon Stok os pone á la vista un perfecto modelo de la perfeccion y felicidad religiosa; ni yo debo dudar de los socorros de aquella madre Virgen á quien reconoce por principal autora de la sagrada

orden Carmelitana. Esta Virgen purísima, que al despreciar los bienes todos de la tierra con la humilde protesta de su esclavitud mereció el anuncio dichoso de habérselos mejorado el Señor llenándola de gracia, me inspire palabras dignas del sagrado asunto que he propuesto, ayudándome á pedírselo saludándola con el ángel.  
AVE MARIA.

No sé, señores, si alguna vez al leer en la historia sagrada de nuestra religion el generoso desprecio del mundo y de sí mismos en que vivieron los apóstoles santos, al traer á la memoria la celestial conducta de los fieles en los primeros siglos de la iglesia habreis, llenos de admiracion, suspirado por aquellos hermosos dias en que casi todo el mundo cristiano caminaba por la estrecha y penosa senda que habia allanado Jesucristo. Porque ¿quién no se admira al contemplar unos hombres que á la voz del Salvador que los llama, dejando sus casas y familias, abandonando sus egercicios y empleos, sin cuidar las mas veces ni aun del preciso alimento y abrigo, sin otra riqueza que la cruz, sin aspirar á otra honra que al desprecio y abatimiento, solo procuraban negarse al mundo, á sus placeres y á sí mismos? Y mas si se refleja que en aquella era di-

chosa no se limitaba este heroico deshacimiento de las cosas á un pequeño número de personas, sino que generalmente se dejaba ver en la vida de los mas de los fieles, que estrechamente unidos con el vínculo de la caridad mas pura, animados de un solo corazon y una sola alma participaban en comun de sus bienes renunciando á las pretensiones y esperanzas del siglo. Continuos en el templo devotamente ocupados en las alabanzas del Señor, inflamados con el egemplo recíproco de la virtud eran el egemplo y admiracion aun de sus enemigos y perseguidores. ¡Afortunada edad! que duró solo mientras que saliendo de madre los impetuosos torrentes de los vicios, como otro universal diluvio, inundó y anegó con sus turbias aguas el delicioso y florido campo de la iglesia.

Pero cuando el mundo gemia sepultado naufragando en el espantoso mar de disolucion, al mismo tiempo se levantaban, como otras tantas arcas saludables, monasterios y casas religiosas en que se conservaban los preciosos restos de la vida apostolica procurando los santos fundadores de ellas restaurar, aun en el débil sexo de las mugeres, á pesar de su natural inconstancia y delicada complexión, el pri-

mitivo fervor de los apóstoles. Ved pues aquí, señores, el noble y soberano origen de que se derivó á la iglesia santa el instituto religioso, y el alto punto de perfeccion á que aspira su estado, no menos que á restablecer aquella entera universal renuncia del mundo que fué el glorioso distintivo de los santos apóstoles. Y á la verdad ¿qué separacion mas dura, qué mas penoso deshacimiento, qué mayor abandono que aquel en que una alma religiosa, desde los primeros pasos de su perfeccion, puede justamente esclamar: *todo lo hemos dejado; reliquimus omnia?*

Una jóven en la primavera florida de sus años; en aquella edad en que todo lo del mundo brilla y encanta; cuando las esperiencias no la han disgustado aun de sus engaños trocar las halagüeñas esperanzas del siglo por el estrecho recinto de una celda: separarse de sus padres y deudos cuando, recientes todavia las caricias que se tributan á los tiernos años, el trato mas continuo, la comunicacion mas amorosa, el amor mas vivo é inquieto hacen insufrible la breve ausencia de un dia: despreciar las riquezas por la pobreza, las sedas y delicados adornos por un tosco sayal que oprime en el verano, y en el invierno no abriga: preferir á las diversio-

nes y placeres el retiro y la soledad; á los honores y aplausos el desprecio y el abatimiento; no es la privacion mas penosa y mas dura? Añadid á esto aquella regular observancia, aquella uniformidad en los egercicios mas rigurosos, tan contraria á la naturaleza é insufrible aun en los mas alegres divertimientos, la misma casi en todos los dias, los meses y años, y no interrumpida hasta la muerte. Ayuno, ó perpetuo, ó el mas ordinario: sustento las mas veces insípido, descanso, mal dije, breve reposo sobre un duro lecho incómodo y estrecho: ocupaciones bajas y humildes: y todo esto en una serie y sucesion siempre la misma en que sin rebajar un punto se siguen unas á otras las asperas. A la oracion el divino oficio, á éste la leccion á la leccion, la labor, á ésta el silencio: ahora las mortificaciones, despues sangrientos egercicios, sin que ni aun en las ligeras recreaciones se deje ver sino un espíritu de compuncion. ¡Melancólica y triste imágen de severidad! en que quizá creará alguno se descubre la austera perfeccion de una religiosa, y la universal renuncia del mundo. Pero nada menos: si lo espuesto es bastante para decir que se ha abandonado el mundo; no para aquí, ni consiste en ello principalmente el

perfecto desasimiento de las cosas todas. Los parientes y hacienda, las riquezas, honras y placeres son cosas esteriore, tan independientes de nuestra voluntad, tan fuera de nuestro poder que no merecen llamarse nuestras. Todas estas dependen en su logro y conservacion de ageno arbitrio y están sujetas á accidentes tan varios, que sin querer nosotros podemos ser despojados de ellas. Un revés de fortuna nos quita las riquezas: la calumnia de un enemigo, ó la astucia de un competidor nos deja sin honra, la muerte nos arrebatá los deudos y amigos; y aun en medio de la mas risueña fortuna una inopinada melancolia nos turba y amarga todos los gustos ¿Cuál, pues, sería el perfecto sacrificio de una alma religiosa en abandonar solo estos bienes que con propiedad no son suyos, y que acaso la dejarían antes que ella los dejara? Mas allá debe pasar esta separacion que la divida y aparte de lo único que tiene suyo. Quiero decir, de sus deseos, de sus afectos é inclinaciones: esto es de aquello que el principe de los apóstoles protesta á su maestro haber dejado por su amor.

No eran, señores, los esteriore bienes del mundo de los que hablaba un apóstol que no habiendo renunciado otra cosa en

el siglo que una débil caña, unos hilos y redes despreciables, nada del mundo habia dejado. Pero negándose á los deseos de que siempre es rico el corazon, á las inclinaciones terrenas, que son nuestra infeliz herencia, á los humanos afectos y esperanzas, que en cualquiera fortuna nos lisonjean, dejó con verdad todo lo que era suyo. Estos deseos, pues, estos afectos son la principal víctima que una alma religiosa debe sacrificar á las soberanas aras de su esposo. Aquí es donde luchando y combatiendo contra la carne y sangre, peleando esforzadamente contra sí misma se despoja de lo que solo es suyo. Arranca, por decirlo así, de sus mismas entrañas aquella dulce y tierna afición á aquellos á quienes debió el ser rompiendo los mas amables lazos de la naturaleza. Sin conservar para los padres y deudos, para los allegados y familiares sino un afecto comun que no iniquita y perturba, acrisolado en la fragua de la caridad, destierra de su corazon aun aquel inocente amor, cuya ternura podia disipar el espíritu, borrando hasta la memoria de sus padres y casa, segun el mismo Dios le prescribe: *obliviscere populum tuum, et domum patris tui*. Su pobreza no solo la despoja de los bienes todos, sino que, consumiendo en

ella los deseos de adquirir, lo mas preciso que tiene lo mira como ageno. Viste un toscó sayal, se sirve de ciertos precisos despreciables muebles; pero contemplándolos como agenos no tiene por suya ni la posesion en particular de lo que usa. No direis, señores, sino que el corazon religioso es una oficina celestial en que depurándose todo lo terreno y humano de los afectos, no se forman allí otros que los que se levantan hasta el cielo. Allí separada la hez de la propia estimacion las injurias y desprecios se reciben como obsequios: consumido el deseo de la comodidad la penitencia se mira como suave, como apetecibles las penas: en una palabra, alambicados todos los afectos, arrojando la pesada tierra que los inclina ácia el suelo no queda sino el amargo espíritu de la negacion de sí mismo. No hay reserva, amada hermana mia; no hay en esta renuncia afición privilegiada, desseo exento á que perdonar, ni afecto que mirar como propio. Cualquier afecto que se reserve, la menor inclinacion que permanezca en vos mancha la víctima y envilece el sacrificio. El mas ligero espíritu de independencia y libertad en un estado de dependiente sumision, el mas leve rasgo de comodidad en una vida crucificada, el

menor asomo de prosperidad en una profesion de pobreza, hace mas infeliz la suerte de una religiosa que fluctua inquieta entre el cielo y la tierra, no viviendo ni para el mundo de que se ha separado, ni para Dios á quien escasea el sacrificio. Si os parece, señores, esta la severidad mas dura y penosa, que para llenar sus obligaciones sea necesario desnudarse de la carne y la sangre, despojarse aun de la humanidad, y consumir en sí las mas dulces inclinaciones que inspira la naturaleza, yo os confieso que es así; pero aun despues de todo creedme que eso no es todavia sino un ligero ensayo, y como el primer paso de la renuncia religiosa; porque al fin estos apetitos é inclinaciones, estos deseos y afectos terrenos son domésticos enemigos que presentan á una razon despejada un fondo tal, ó de malicia, ó de imperfeccion, que hace menos penosa, y aun racional y apetecible su renuncia. Pero esta aguda espada de la separacion religiosa penetra mas allá del fondo de la misma alma separándola de aquellos dos inestimables dones del Altísimo, preciosas joyas del espíritu, nobilísimo caracter del hombre, el entendimiento y la voluntad.

Si: quanto exceden estas dos nobles potencias á los otros bienes de la naturaleza

ó de fortuna, tanto es esta renuncia mas difícil y amarga, pero igualmente necesaria. Muere la religiosa, segun la frase de San Pablo, para sí y para el mundo no ve; no oye, no siente, no juzga, no quiere por su arbitrio; y sin gozar en cierto modo aun de la natural vida del alma, solo vive una vida oculta en Jesucristo: *Mortui enim estis et vita vestra abscondita est in Christo Jesu.* ¿Y es esto otra cosa, decia San Juan Climaco, que sepultar la voluntad propia en la obediencia, sin tener parte en lo que se egecuta, ni lo penoso ó suave, ni lo elevado ó humillante de la obra, sino solo la voluntad del que manda? ¿Es otra cosa que abrazar con igual prontitud lo difícil y facil; lo grande y lo abatido no queriendo jamas sino lo que Dios y el superior quieren despojándose del propio querer? Que mucho si aun en las mas heróicas obras de virtud, temiendo la alma religiosa el peligro escollo de escoger las que son mas acomodadas al genio, á la inclinación ó al natural, ni aun en estas consulta á su propia voluntad. Si ora, no es solo porque quiere; si se aflige, si se humilla, si trabaja, si descansa, no es su querer quien la conduce, hasta llegar á amar á Dios: no es tanto porque quiere, quanto por que

Dios quiere que le ame: sugetando á age-  
no arbitrio el impetuoso orgullo de la li-  
bertad. Al contemplar una alma casi sin  
voluntad, no me admiro que llegue á  
despojarse aun de su entendimiento; por-  
que, como sino le tuviera, no discurre,  
ni duda, ni inquiere razones de lo que se  
le mandá, por mas que una engañosa  
prudencia le sugiera las mas eficaces. Es-  
traña; pero igualmente sabia política del  
cielo (dice el Santo Padre San Bernardo)  
no tener entendimiento sino para juzgar  
bueno y conforme lo mandado: no discuir  
sino para no examinar: no pensar si-  
no para no inquirir, y ser toda su discre-  
cion y prudencia no tenerla: *et hæc omnis  
sit ejus discretio, ut in hoc nulla sit discretio:  
omnis sapientia ut nulla et sit.* Aquí si  
que es preciso no solo sofocar los senti-  
mientos de humanidad sino haber renun-  
ciado los privilegios de racional. Que la  
misma libertad forje las cadenas que esclavizan  
la libertad; que las luces del enten-  
dimiento\* sirvan de sombras que confun-  
dan el propio juicio: esto si es dejarlo to-  
do por Dios, la racionalidad, el querer, el  
discurrir; esto es parecer en su presencia  
una estatua ó bruto sin alma: *ut jumentum  
factus sum apud te, et ego semper tecum.*

Yo debía recelar justamen: si habla-

ra en presencia de un auditorio, ó menos  
piadoso, ó menos instruido padecer la  
censura de haberme esforzado á delinear,  
no la profesion religiosa, sino una heróica  
impracticable santidad, ó una quimérica  
imagen de virtud compuesta de mons-  
truosas contradicciones. Una religiosa com-  
puesta de carne y sangre sin las inclina-  
ciones de la carne y la sangre: una alma  
que renuncia no solo sus bienes, sus pla-  
ceres y sus afectos; pero aun su entendi-  
miento y voluntad ¿no parece un ideal y  
fantástico parto de la imaginacion? Pero  
¿es acaso mas que una persona que llena  
puntual y exactamente la estrecha obliga-  
cion religiosa dejándolo todo por Jesu-  
cristo: *reliquimus omnia?* Bien lo sabeis,  
señora, y vuestra generosa resolucion no se  
asusta al contemplaros despojada y sepa-  
rada de todo: y mas cuando en esta vues-  
tra separacion y despojo habeis hallado el  
maravilloso arbitrio de poseer todo lo que  
dejais, y de adquirirlo todo con renunciar-  
lo: *centuplum accipietis.* Porque en esta,  
al parecer, miseria y universal abandono  
está vinculado con increíbles ventajas el  
goce de los bienes del mundo.

Todo cuanto el mundo llama bien,  
todas estas imaginadas felicidades tras que  
corre la inapaciable sed de nuestro corazon



no son bienes respecto del hombre, sino por el goce y fruicion que en ellos puede hallar. Son estos en sí mismos tan frágiles y deleznable que, quedándose fuera de nosotros, no nos hace felices sola su posesion, sino la utilidad, la alegría y la gustosa satisfaccion que de ellos nos resulta. Y bien: ¿quiénes son los que al fin pueden decir que han encontrado el pequeño consuelo de estos bienes? ¿Los mundanos que los poseen, ó la alma religiosa que los ha abandonado? Sufrid, señores, que un breve cotejo de ambos estados nos demuestre en las tres clases de bienes, riquezas, honores y deleites, ésta que parece paradoxa: que solo quien los deja por Dios los goza. Porque ¿qué es un rico y opulento del mundo? Un hombre continuamente ocupado en discurrir nuevos arbitrios de adelantar; lleno de inquietos cuidados por la herencia que se disputa, por la sucesion que se litiga; siempre pendiente de las estaciones del año, de las inconstancias de los vientos y mares, de la alteracion de los comercios: todo el fruto de sus riquezas son las cautelas, los desvelos y las fatigas. Si pierde, la menor pérdida le penetra de dolor; si adquiere, no es la mayor ganancia sino materia de nuevo cuidado para conservar. ¿Qué es

un hombre en el brillo de las honras y honores? Una presa infeliz de penosas esperanzas de la nueva dignidad á que aspira: de mortales temores por no perder la que posee: de sospechosos y tristes recelos de la ruina: reducido á la servidumbre mas vil por no perder la gracia de un protector, ó por grangearse otro mas poderoso tiembla á la vista del mas débil competidor, se irrita con la mas ligera falta de atencion siempre, ó anhelando en la penosa fatiga de subir, ó temblando con el sobresalto cruel de no caer. ¿Qué es un corazon en medio de los placeres y las diversiones mundanas? Un infeliz esclavo de sus sentidos; adorador de un ídolo mortal, que gime atado á la cadena que él mismo se forjó, sin alentarse á romper los grillos que le arrastran, y amando lo mismo que le consume. Paga el menor placer á trueque de infinitos pesares, y llámale el abismo de un deleite á otro abismo. Hidrópico de fantásticos gustos mientras mas bebe, es su sed mas rabiosa y ardiente. De suerte que en la desdichada posesion de estos bienes todo en el exterior brilla y encanta; opulencia, adoraciones, grandeza, obsequios, risa, donaire y regocijo; pero en lo interior no se esperimentan sino pesadumbres que

consumen, desvelos y fatigas que agitan, tristezas que oprimen, celos, envidias, furias que rasgan y destrozan el corazon.

Apartad, señores, los ojos de este triste espectáculo que cada día os presenta el gran teatro del mundo, y penetrad hasta la obscuridad de un claustro, y ¿en el retiro de un oratorio ó de una pobre celda qué vereis? Una religiosa cubierta de un andrajoso sayal, macilenta, estenuada que puesta á los pies de un altar, las manos enclavijadas, el rostro levantado ácia el cielo lanza tiernos suspiros, y baña con copiosas lágrimas su semblante. Pero este aparente exterior de miseria, abatimiento y tristeza ¿qué oculta? oculta un corazon que sin tener nada todo lo tiene: que todo lo posee sin poseerlo. La inconstancia de la fortuna, la desgracia de los tiempos, la esterilidad de los campos no la aflige y altera. Nada le falta porque tiene cuanto desea: tiene cuanto desea porque nada desea, ó porque no desea sino lo que tiene y careciendo de todo le sobra todo: *Nilhil habentes et omnia possidentes*. Toda su grandeza se halla encerrada en la estrechez obscura de una celda, en donde el falso brillo de las honras no deslustra sus ojos cerrados para el mundo; pero teniendo bajo de sus pies los honores y aplausos

cada uno de los que deja le sirve de escalon para montar sobre ellos. Allí no suspira por otra honra que la de destruirse delante de Dios, honra que nadie puede quitarle: sus iguales no le hacen sombra: las que la esceden no le causan celos; y entre el humilde polvo del claustro arrebatada tras sí las mas rendidas veneraciones del siglo aun relajado. Lejos de aquel corazon los vivos asaltos con que por los ojos y los oidos combaten al espíritu los tumultuosos placeres del mundo, en medio del retiro goza de la libertad mas dulce exenta del tirano despotismo de las pasiones. ¿Y no es esta una riqueza sin afán y desvelos, una honra sin sobresaltos y emulaciones, y un gusto inocente libre de la amarguísima hiel que brinda el mundo en la dorada copa de sus placeres? ¿No es gozar un ciento por uno de las riquezas, honores y deleites que ha despreciado?

Yo bien veo que esta natural felicidad de una alma religiosa que ha dado abundante materia para llenar los libros de elocuentes elogios, y á la que en parte puede conducir, ó un temperamento indolente, ó un racional desengaño, es muy limitada para que á ella hubiera solo vinculado el Señor la ventajosa multiplica-

cion de los bienes que en esta vida ha prometido. Si (dice el padre S. Gerónimo esponiendo el presente evangelio) este centuplo es aun mas estimable y precioso, estos son los bienes y placeres del espiritu, es aquella serenidad y gozo que como un delicado rio derrama Dios con abundancia sobre el alma religiosa; es aquella uncion espiritual y gusto interior que se difunde en ella para endulzarle los rigores de su aspereza. Al entrar, señores, en este abismo de dulzuras, en este misterio inefable del íntimo comercio del corazon religioso con Dios, de la suavísima comunicacion de Dios y el alma, por mas que me esfuerce á explicarle ¿cómo podré espresar lo que no puedo comprender? Digase que son ciertas lúces con que las verdades eternas y las divinas perfecciones se representan en el alma con tal claridad que queda poseida de ellas y (dejádmelo explicar así) como encantada: que son ciertos movimientos de amor de Dios tan dulces y tiernos que al alma fuera de sí misma absorba, arrebatada la arrastran al Señor con la mas amable violencia: que son ciertos transportes y deliquios del espíritu impetuosos y repentinos que la arrebatan hasta el cielo: que es una íntima presencia de

Dios al alma en que á cada paso se le deja ver, ya como juez á quien teme como hija; ya como legislador á quien humilde obedece; ya como padre y Salvador que como á tierno infante la estrecha dulcemente entre sus brazos: digase por último que es un secreto testimonio del espíritu que habita en ella que interiormente le dicta y manifiesta que es amada y ama á Dios, que le agrada y le sirve. Digase en hora buena todo esto; pero ¿qué se ha dicho sino espresiones confusas que dejan insondable este mar de dulzuras? Esto es hablar un lenguaje (dice la seráfica madre Santa Teresa) estrangero á la prudencia de los hijos del siglo, que reputan estos gozos por ilusiones ó efectos de una fantasia recalentada con el retiro, débil por el ayuno, y fatigada con la meditacion. Y es, decia la misma santa, que los que no han probado otros gustos que los groseros de los sentidos, blasfeman lo que ignoran, y arrastrándose como inmundos animales por el lodo, no alcanzan los misterios del espíritu.

Por tanto, señora, ya que yo no alcanzo á explicaros este interior gozo, preguntádselo á tantos dichosos habitadores de las gúntas y yerros, á tantos monges

solitarios, y á tantas vírgenes contemplativas que le experimentaron; y sin volver atras á siglos retirados ¿cuántos irrefragables testimonios de este secreto podríais hallar dentro de ese religioso recinto? Y ya que el velo de la humildad y el silencio no os permite percibirlos ¡oh si estas muertas paredes, mudos testigos de los dulces suspiros, de las tiernas lágrimas, de los estáticos deliquios en que sin poder contenerse este gozo, rebosa afuera á inundar el cuerpo! ¡Oh si ellas os pudieran decir cuantas veces sus inanimadas piedras han parecido sensibles y admiradas á tanto diluvio de regocijos! Puede ser que en medio de tanta felicidad llegueis á esperar alguna vez aquellas horas de combate, aquel tiempo de desolacion, origen de unas angustias comparables á la muerte, y aun al mismo infierno. ¿Para qué disimularos una verdad que no ignorais, y cuyo recuerdo quizá os será algun dia de suma importancia? Este Dios, todo dulzuras para una alma religiosa, suele escoger ciertos tiempos en que entregándola como presa á la afliccion, á la congoja, á las mas violentas y recias turbaciones, parece que la abandona y desampara. Ella lo ha dejado todo, y ya que no puede dejar á

Dios, Dios parece que la deja para que su abandono sea mas universal. A la manera de un mar inquieto y agitado de negras tempestades, ó de una débil caña á quien la fuerza de los vientos azotándola aquí y allí juega y mueve por todas partes; así el alma en estos críticos momentos turbada con pasiones, que casi no conoce, combatida de tentaciones, que antes ignoraba, parece que ha llegado al último término de la desdicha. El mundo se le presenta bajo las ideas mas lisonjeras; sus placeres y gustos le asaltan vivamente; no halla en la práctica y observancia religiosa sino ódio y angustia; la penitencia le es amarga, enojoso el retiro; ora y no percibe sino tinieblas: busca á Dios por afuera en las exteriores prácticas de virtud, y no le halla: vuelve al fondo de su corazon, y no le encuentra, y por todas partes no trae delante de sus ojos sino espantosas imágenes de pecado que la atemorizan: gime, suspira á su esposo; pero parece que no la oye: clama al cielo; pero él se hace sordo á sus gemidos y clamores. ¿Y adónde está esta felicidad, esta inesplicable dulzura, este cien doblado de bienes con que Dios le compensa? ¿Qué hace entre tanto este Dios de beneficencia? Está puntualmen-

te acrisolando , como al oro, en el fuego de la tribulacion , este vaso para llenarle despues mas copiosamente de suaves gozos. A esta tenebrosa noche seguirá el día mas claro, y á esta desecha tempestad de angustias el iris mas hermoso de serenidad y de paz.

Mas aun no lo he dicho todo. ¿Veis, señora, toda esa desolacion, esa tormenta de sequedad, de distracciones, de tédios? Pues en estos mismos penosos momentos en que Dios parece abandonar á una alma religiosa, le está llenando el fondo del espíritu de inefables dulzuras. Quien desde los reales en que se acampaba el pueblo de Dios hubiera visto á Moysés subir al Sinaí al tiempo que con el aparato mas espantoso ardía el monte en vivas llamas, resonaba el ayre y crujía con el ruido de truenos y rayos, cubierta la region de negros espantosos humos, creeria que aquel caudillo, favorecido de Dios, habia subido á sepultarse entre las llamas. Mas no era así, en medio de relámpagos y truenos, entre el denso humo que ciega á los demas, cuando el pueblo huye asombrado á todas partes está Moysés gozando de la presencia de Dios, y habla cara á cara con él lleno de celestial alegría. No de otro modo

la alma religiosa entre los combates mas duros de su desolacion, de sus tinieblas, cuando todos la creen en la mas dura muerte del desamparo, allá en lo interior participa de gustos indecibles. Los ignora ella misma en tan desolante padecer; pero ¡oh! esclamaba el real profeta; qué bien sabes, Señor, llenar á los que te temen de inefables dulzuras, ocultándoles el consuelo! *quam magna multitudo dulcedinis tue quam abscondisti diligentibus te:* colmas de gozos, y al mismo tiempo los ocultas y escondes: te retiras al parecer del alma, y entonces mas la favoreces. ¡Qué no pueda yo, para presentaros un fiel egemplar de esta verdad, comprender la secreta dulzura que ocupaba el corazon de la estática Teresa en aquellos veinte y dos años en que vivió abandonada á mortales desolaciones! Si entonces ignoraba su dulce tranquilidad, la conoció despues que corrido el velo de la tribulacion esclamaba absorta: *Domine, aut pati, aut mori:* Señor, ó morir ó padecer. Solas dos felicidades y glorias ama mi corazon: ó la eterna muriendo, ó entretanto aquella otra dulcísima paz que se esconde bajo la amarga corteza de la desolacion. Engañados prudentes del siglo, confesad ya á pesar vuestro que Dios tie-

ne reservados para los suyos misterios de felicidad que ignorais. Ciegos adoradores del mundo y de sus bienes, avergonzaos al ver que mientras correis tras una vana sombra de felicidad, pobres en vuestra riqueza, viles entre los honores, consumidos de disgustos entre los placeres; la alma religiosa dejando las riquezas, los placeres y honores, dejándose á sí misma goza estos bienes doblados cien veces con mejoría: *reliquimus omnia:.. centuplum accipietis.*

Pero ya es tiempo, señora, de ceder á la santa impaciencia con que suspirais por el feliz momento de vuestra profesion, y no dilataros con mis palabras una dicha en que vuestros deseos han contado los instantes por siglos. Este santo respeto con que el pueblo cristiano asiste á esta solemne ceremonia: esa respetuosa atencion con que os admira son una tácita aprobacion de vuestra felicidad. Esas lágrimas que acaso reprimidas se asoman á los ojos de los que os aman, no son señal de triste sentimiento, sino demostracion de una santa envidia de vuestra feliz suerte. Pero á vos, señora, absorta toda en vuestro gozo, no os ocupa otra cosa sino los afectos tiernísimos á Dios con que os acercais á estas celestiales bo-

das. ¡Oh, Señor! qué amables son las moradas de esta tu casa, en cuyos umbrales desfallece mi espíritu: *quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum; concupiscet et deficit anima mea in atria Domini!* Si anida gustoso el pajarillo en un castillo de humildes pajas, y la inocente tórtola vive alegre en un estrecho nido, yo en la estrechez humilde de un claustro hallo el inefable consuelo de habitar cerca de tus divinas aras: *etenim passer invenit sibi domum et turtur nidum sibi ubi porat pullos suos: altaria tua Domine virtutum Rex meus et Deus meus.* Una y mil veces bienaventurados los que habitan tu casa preparándose para cantarte eternas alabanzas: *Beati qui habitant in domo tua Domine, in secula seculorum laudabunt te.* Así sea pues en hora buena, que inflamada de estos, ó semejantes afectos, llegueis pisando gloriosamente las pomposas vanidades del siglo á recibir la corona inmarcesible que os ha tejido vuestro esposo. El entre tanto, renovando sus promesas, de nuevo os asegura que si por seguirle lo habeis dejado todo, os lo volverá mejorado en esta mortal vida, ensayándoos con dulzuras y gozos inefables para aquel torrente de delicias que tiene preparado para los suyos en la gloria.

## SERMON SEGUNDO

## DE PROFESION DE RELIGIOSA.

*Ne timeas, invenisti gratiam apud Deum.*  
Luc. cap. 1. v. 30.

Con estas breves misteriosas palabras alentaba el arcángel San Gabriel á María turbada con el mas respetuoso temor en aquel feliz momento en que, escogida de Dios para madre suya, se oyó saludar llena de gracia, y dichosa habitacion del Altísimo. Penetrado el espíritu de la santa Virgen del mas claro conocimiento de la limitacion de su ser se contemplaba indigna de tan augusta prerogativa, y sin dudar su fe lo mismo que no alcanzaba su humildad, discurría llena de turbacion ¿cuál sería el objeto de tan soberano anuncio? Manifestósele el ministro celestial, descubriéndole aquel inefable misterio, y disipando sus temores. No temas, le decía, la dignidad que te anuncio es la mas escelsa: excede todo mérito el alto punto de grandeza á que te levanta el Señor;

pero el Padre Dios, que por un efecto de su infinito poder y misericordia quiso privilegiarte entre las criaturas todas, te ha escogido para Madre de su Hijo, y para esposa del Espíritu Santo. No temas: hallaste tú sola en sus ojos la gracia mas inestimable: *ne timeas, invenisti enim gratiam apud Deum.* ¿Y no podré yo (jóven religiosa) servirme de estas mismas palabras en este dia en que eligiéndos Dios para su esposa os consagrais solemnemente al Señor en un estado no menos perfecto y santo, que austero y cercado de difíciles y penosas obligaciones? Alentada con una magnánima resolucion vais á abrazar una vida en que no se presentan al espíritu sino dificultades que turban y atemorizan. Por una parte el mundo halagüeño de que os separais para siempre; amables lazos con que os ató la sangre á vuestros padres y deudos que habeis de romper; lisonjeras esperanzas con que os brindaba la fortuna en una ilustre familia, y en una juventud floreciente que abandonais: por otra parte las penalidades y cargas propias del nuevo estado; las naturales inclinaciones del corazón de que no os desnudais en el claustro; sobre las obligaciones comunes á todo cristiano cuatro rigorosas leyes que os imponéis;

tanta variedad de penosas reglas á que os sujetais: veis ahí otros tantos motivos que os llenan de temor y de turbacion. Ellos son los que tanto acobardan á los ciegos adoradores del siglo, imaginando poco menos que impracticable la observancia religiosa, como si fuera mas difícil la salvacion al que aspira á mayor santidad, y ellos mismos han servido no pocas veces de ejercitar vuestra constancia para no dejarse llevar de estos temores. Pero no hay que temer: hallásteis en el divino acatamiento, vinculada á vuestra profesion, la gracia mas inestimable, el beneficio mas singular: *Ne timeas, invenisti enim gratiam apud Deum.*

En el gran negocio de la salvacion todo el mundo es riesgos; en el claustro todo seguridad: en el siglo todo lo dificultan las pasiones; en la religion toda la facilita la regla. Os retirais del mundo; pero en ese retiro está la seguridad: os sujetais á nuevas leyes penosas y difíciles; pero esa misma regla tan difícil y austera os hará facil la victoria de las pasiones, la perfecta observancia de la ley. Dos gracias propias del estado religioso, las que os voy á esponer para vuestro consuelo y nuestra edificacion: gracia de seguridad entre los peligros del mundo, gracia de

facilidad contra la dificultad y estorbos de las pasiones. Y para reducir la idea á una sola cláusula ella os mostrará los peligros y dificultades de la salvacion allanados y vencidos en la profesion religiosa.

Grande y soberana madre de Dios, cuya escelsa dignidad anunció el ángel en las palabras que hemos oido del santo evangelio, y bajo cuya proteccion se va á egecutar esta sagrada ceremonia, dignaos ilustrarme para que trate con la solidez y decoro debido una verdad tan cristiana y pura. Con razon debo esperar que para discurrir sobre ella me ayudaréis con los socorros de la gracia. **AVE MARIA.**

Si ha habido empresas grandes y heroicas en que la prudencia del siglo haya equivocado la heroicidad con la estravagancia del genio, ó con lo imprudente el exceso de una virtud melancólica, ninguna fué entre todas mas espuesta á esta censura, que el retiro y entera separacion del mundo de los primeros maestros y profesores de la vida monástica y religiosa. Porque ¿qué máximas; mejor diré, que detestables blasfemias no vomitó contra ellos, no ya la mal cortada pluma de la herejía, sino la atrevida crítica



de ciertos espíritus libres socorridos de una política mundana? Miraban este retiro ya como efecto de un humor desapacible y austero, ya de un genio tétrico y enemigo de la compañía. Atribuíanse unas veces á cortedad de espíritus nacidos para sí solos, otras á política astuta que buscaba en la soledad refugio contra las adversidades de la fortuna; y cuando menos, se veía con lastimosa compasión á una joven de esplendor, á una tierna doncella que á falta de experiencia y sin saber lo que emprendía se iba á sepultar para siempre. Si Dios se sirve también acá en el siglo, si en el mundo no faltan sendas que conducen á la eterna salud ¿para qué preferir á una virtud sociable y brillante una vida oscura é inútil al estado? Así pensaba la sabiduría de los hijos del siglo: pero no discurrían así personas de todo sexo dotadas de índole suave, de genio dulce é insinuante, de superiores luces que anteponiendo al trato con los hombres la compañía de las fieras: á las cortes las selvas; un obscuro retiro á los mas lustrosos empleos huyeron ó á los montes, ó á los claustros del mundo y de los hombres. Mirando con horror aquel mundo contra quien Jesucristo fulminó tan terribles amenazas,

contemplando cuanto aseguraban su salvación entre sus innumerables peligros juzgaron que solo se hallaba la gracia de seguridad contra sus riesgos en la fuga. Yo no he venido, señores, ni á aterrorizar los ánimos con tristes estudiadas ponderaciones, ni á decidir y juzgar sobre la suerte de tanta clase de personas á quienes su empleo y su destino, y aun la misma Providencia con utilidad y provecho del resto de los demas hombres, conserva laudablemente en el siglo; pero para formaros la mas justa idea de la feliz seguridad de una alma religiosa, discurramos brevemente á la luz de la experiencia qué es el mundo y cuántos sus peligros.

*Punto primero.*

¿Mas qué descubriremos en él sino un mar tempestuoso agitado continuamente de los mas recios vientos de la malicia en que casi siempre naufraga la inocencia, y adonde á cada paso choca la virtud mas segura? ¿Qué vemos en él sino un teatro sangriento de crudos combates en que no se mira otra cosa sino lo que resolvieron las pasiones en el oculto gabinete del corazón, y una confusa Babilonia en que cada uno habla el lengua-

ge de la inclinacion que le domina? Déjemonos de figuradas espresiones: es el mundo un lugar de miserias y vicios en que viviendo la mayor parte olvidada de las severas máximas del evangelio no practican otra ley que la de las inclinaciones: es un pais en que distraido el hombre y como encantado de los bienes precederos en ellos emplea sus afanes, sus desvelos, su solicitud, como sino hubiera nacido para el cielo: á escepcion de una ú otra piadosa ceremonia que se observa á ciertos tiempos, mas por uso y costumbre que por piedad; todo el resto de la vida se da á las ocupaciones y egercicios del siglo: parece que dividida la adoracion entre otros tantos ídolos cuantos son nuestros viles afectos se deja al Dios verdadero el mas despreciable altar: en una parte todo obedece al interes: en otra todo lo manda la ambicion: cual tiene por su Dios al placer, y cual por su ídolo la comodidad. Pero ¿qué mucho? si apenas abre el hombre los ojos en el mundo cuando empieza á tropezar con los objetos mas peligrosos, sin ver otra cosa que lisonjeros atractivos á las pasiones? La vida regalada y deliciosa, el lujo y la vana ostentacion, las recreaciones menos inocentes son, ó ya prebogativas

debidas á la nobleza, á la calidad y al estado, ó permitidos usos y descanso de la vida. Canoniza de esta suerte al vicio la costumbre, pierde su horror el delito con el egeremplo, y criado el hombre con el veneno no siente sus estragos, educado entre sus lazos no reflexa sus caidas. Quédanse en una mera especulacion las verdades mas sagradas de nuestra religion, y dando el mundo la ley á sus secuaces su práctica regla autoriza las acciones. Si el mundo quiere la mentira, el fraude la infidelidad son habilidad y destreza de espíritu: si él introduce correspondencias amorosas y libres, son vinculos de la sociedad civil: si prescribe las venganzas, son honradas satisfacciones. Y si esto y mucho mas es el mundo ¿no es preciso que cada paso sea un tropiezo, cada lugar un escollo, y que no se fije en él el pie sin encontrar un precipicio?

Yo bien sé, señora, que el ponerlos á la vista sus peligros es hablar un idioma extraño á vuestros oidos. Criada casi desde la infancia en este inocente retiro abristeis los ojos á ver la seguridad antes de haber conocido los riesgos. Pero si sirve de un indecible consuelo volver atras á mirar el peligro de que nos libertó una mano bienhechora, bien podeis sin temor

contemplar en los errados caminos del siglo otros tantos dones de una adorable Providencia sobre vuestra conducta. Ha solido un rústico pastor descubrir desde una alta colina entre deshechas tempestades los miserables despojos de un naufragio: y cuando se estremece y tiembla al ver aquí destrozadas tablas y remos; allí esparcidas ropas y muebles; á una parte cuerpos ya muertos sobrenadando en las aguas; á otra desdichados que pelean con las ondas haciendo los últimos esfuerzos vuelve á sí mismo, y dando gracias al cielo alaba su pobre fortuna que no le ha dejado sulcar aquellos mares. Fijad, pues, de este modo desde ese alto y bien defendido alcázar del Señor la atencion en ese gran mundo que habeis huido, recorred sus estados, sus empleos, sus condiciones, y todos los vereis cercados de imponderables riesgos. Las riquezas fomentan la avaricia, y la pobreza la desesperacion: los altos honores andan rodeados de ambiciosos estímulos, y la baja fortuna de envidias amargas; todo es peligro en el comercio, y todo riesgos en el manejo público: el matrimonio se convierte muchas veces en un yugo pesado é insufrible, y cuanto avanza el trato se retira el amor: la condicion libre eliciende

llamas criminales que dificilmente se apagan sin delito. Y si en todos estados opone el mundo estorbos á la virtud ¿cuántos son los que amenazan á una joven muger desde los primeros pasos de una florida juventud? Las caricias de los padres, las fáciles condescendencias con que se tratan los tiernos años la hacen orgullosa é intolerable. Cuantos son los dotes de naturaleza ó fortuna que goza, son otros tantos estímulos á la corrupcion. Adoracion de los domésticos, obsequio en los estraños van haciendo brotar las pasiones mas vivas que crecen y descuellan con las frecuentes concurrencias, con la libertad del trato, con las mundanas diversiones. En vano se confia en la paternal vigilancia ó en su piadosa inclinacion: el fuego de la edad, los fomentos del vicio, la astucia de tantos perseguidores burlarán las mas cuidadosas diligencias.

Mas ¿para qué es, señores, amontonar inducciones ni fatigarse en reflexas? Si consultamos á cada uno en particular de los mundanos, ellos nos responderán que la senda que siguen es la mas peligrosa: *ambulavimus vias difficiles*. Pero si por el contrario penetramos hasta el estrecho recinto de un claustro, allí se nos presentará una fuerte Sion á quien sirve de mu-

ro el mismo Salvador de las almas, y un lugar seguro de refugio. Como si Dios reservara sus gracias para derramarlas á manos llenas en el retiro del mundo, se sirve á cada paso en los libros santos de las figuras mas espresivas, y de los símbolos mas tiernos para darnos á conocer su ventaja. Si promete al alma hablarle vivamente al corazon y participarle santos misterios, la convida á la soledad: *ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus*. Si la convida con las mas dulces y puras caricias de su amor arrebatado de su casta hermosura, la compara á una paloma escondida en las cavidades de la piedra: *columba in forminibus petrae*. Si se espresan los gemidos y tiernas oraciones de una alma penitente que suspira por la virtud, se asemeja á un pelicano solitario, ó á una ave nocturna que huye la presencia del dia y de los hombres: *similis factus sum pelicano solitudinis, factus sum sicut nycticorax in domicilio*. ¿Y qué mas claro testimonio podia darnos de esta verdad que representarnos en los cantares aquella alma santa buscando inútilmente desalada á su esposo por las calles y plazas de la ciudad hasta volverse llorosa y maltratada al huerto retirado de su dichosa habitacion? Allí es en el retiro donde, lejos de

los cuidados del siglo, se oyen las penetrantes y eficaces voces de Dios. El Señor habla en todas partes; pero no sé como confunde sus palabras el estrépito ruidoso del mundo: fuera de él en la tranquila soledad del claustro adonde quiera que se vuelva el alma está oyendo los mudos clamores con que los seres inanimados le anuncian la bondad de su Dios, le claman y vocean en el fondo del espíritu aquellas eternas verdades que el mundo ó no oye, ú oye con indiferencia. Nada confunde allí sus velos, y por consiguiente nada arrebatada y desase sus afectos. Mas, cuando las grandes revoluciones, los sucesos ruidosos, los establecimientos de la familia, las precisas distracciones del empleo casi agotan nuestro espíritu dividiéndole en tumultuarios movimientos, nada de esto perturba á una alma religiosa dueña de sus afectos para ocuparse toda en el Señor ¡feliz seguridad en donde libre de los riesgos puede volar el alma á la alta cumbre de la virtud!

Mas que ¿es acaso esta tan propia de los claustros, es el mundo region tan infeliz que no habite tambien en él la santidad? No quiera Dios que para elogiar la vida religiosa hubiera yo de avanzar tan escandalosa temeridad. Sé muy bien

que entre sus mismos peligros ha sabido triunfar la virtud, y que entre sus tinieblas ha resplandecido no pocas veces la antorcha de las santas obras. No faltan justos entre los engañosos halagos de la hermosura, y en el dificultoso gobierno de los pueblos: ni fué solo un Daniel integérrimo defensor y sincero Nuncio de la verdad en la corte. Tiene, señores, yo lo confieso, tiene el mundo mas de una hermosa Judit que sabe triunfar en medio de la disolucion, y mugeres fuertes con la rueca y el gobierno de su familia. Ha cubierto muchas veces la púrpura excelsas virtudes, y han empuñado los cetros manos inmaculadas. Mas ¿oh, y á costa de cuantos trabajos y esfuerzos? Caminaban estos al templo de la santidad por ásperas sendas cercadas de riesgos y precipicios, y así cada paso les costaba infinitos sudores, y mil victorias cada triunfo: por eso los mas de estos místicos egemplares luego que pudieron romper los lazos que los detenian en el siglo, corrian ácia los claustros á cubrirse de un tosco sayal como si la santidad no estuviera segura entre los peligros del mundo. Y si cuantos han tenido sus deseos los pudieran imitar en la egecucion, si cuando la madurez y la experiencia mani-

fiestan los riesgos del siglo pudieran todos los hombres mudar libremente de destino; creedme, señores, que despoblándose el mundo para poblar los claustros, seria necesario volver á buscar al mismo mundo la soledad. ¡Oh si pudiéramos, leyendo á cada uno el corazon, descubrir los sentimientos que oculta una disimulada satisfaccion del propio estado! Veriamos como querian unos poder sin delito romper las estrechas cadenas de una familia, otros sin faltar al honor deponer los empleos. Se quejan unos de haber conocido tarde su arriesgada eleccion: envidian otros la suerte del mas abatido religioso, y todos sienten allá en lo mas interior no sé que tristes rezelos de cuan aventurada está su salvacion en el mundo. Con tanta razon, pues, debe adorar una alma religiosa aquella sábia Providencia que supo disponerle un camino sin estorbos y la induxo á tiempo á abrazar un estado en que tan justamente puede gloriarse que ha encontrado la gracia de una venturosa seguridad.

Ella sola bastaria para llenar su espíritu de indecible consuelo, si allí mismo en tan seguro asilo no se le presentaran nuevas dificultades para acobardarla. Porque cuando con solo separarse del mun-

do triunfó huyendo de sus peligros, lleva dentro de sí otros enemigos mas formidables en las inclinaciones del corazón que la siguen tenaces hasta el claustro. Estos son los que, en frase del Salvador del mundo, se calificaron por nuestros mayores enemigos, de tan cruel condición que cuando para los otros estorbos que impiden nuestro bien no nos intima sino la fuga; para aquellos, como domésticos inseparables, declaró la mas sangrienta guerra: *Veni separare hominem à patre et matre, et inimici hominis domestici ejus*. Estos traidores compañeros del hombre que ni respetan estado, ni reconocen comunes privilegios; estos infatigables contrarios, que jamas conceden treguas, forman hasta en el sagrado retiro de la religion el campo para sus ataques. Acompañada de ellas la religiosa se encuentra casi de un golpe con una desusada y penosa vida, que presenta á la primera vista incomparables dificultades. Cuatro nuevas perfectas obligaciones vinculadas con una irrevocable promesa; una regla austera compuesta de mil rigurosas leyes, de severas instrucciones, de puntos delicados que reglan aun las acciones mas comunes de la vida: todo allí parece árduo, todo acerbo: todo acorda. Pero

no hay que temer, señora, esa regla estrecha, árdua y severa: esa difícil y penosa observancia es el medio que facilita y suaviza la difícil victoria de las pasiones. Cuanto es mayor la carga, tanto es mas ligera; y en esa aparente dificultad vais á hallar una singular gracia que os haga fácil el perfecto cumplimiento de la ley: *Ne timeas, invenisti gratiam*. Y para que no penseis, señores, que vengo á trataros extraordinarios privilegios de una gracia no comun á todo religioso, ó que voy á esponer alguna estraña paradoxa, atendedme.

*Punto segundo.*

Son las pasiones unas inclinaciones hijas, ó aborto desdichado de la naturaleza corrompida, ó la misma naturaleza viciada desde su origen. Nace el hombre y crece con ellas, y alimentando dentro de sus entrañas este dulce veneno tiene atadas á su propio corazón estas furias ingratas que despedazan á su mismo padre, siendo en esta intestina batalla el hombre un enemigo de sí mismo. De aquí nace la suma dificultad que aun los mayores santos han sentido en vencerlas, experimentando aquí la inesplicable lucha de afectos en que apeteçen lo que no aman, y aman

lo mismo que aborrecen. Como la naturaleza es el enfermo y el que se ha de aplicar la medicina huye el alivio que la incomoda: como ella misma es el enemigo y la mano que le combate, al ir á descargar el golpe se desmaya el brazo temblando de hacer una herida que tan sensiblemente le duele. Si se condesciende con ellas, nos dominan: si se les hace violencia, se irritan: en vano se procura la paz; todo ha de ser fuerza, todo combate: no hay arbitrio, ó arrancarse el corazón, ó mudar de naturaleza. Así es, señores. Pues veis ahí el suave dulce medio con que los sabios fundadores de la vida religiosa, inspirados de Dios, supieron hacer á la virtud amable doméstica de la naturaleza, y á esta que casi sin violencia fortalecida de una interior gracia mudara de inclinaciones. Para esto era forzoso que el uso y las costumbres introduciendo dulcemente la virtud fueran engendrando unas piadosas inclinaciones al paso que desterraban las perversas; que sin perder instante no hubiera momento vacío de buenas obras, para que á fuerza de no obrar sino lo justo, se desprendiese de lo prohibido: que haciendo á las pasiones imposibles en algun modo sus victorias, quitándoles de en medio los objetos de

sus deseos, ni para la avaricia hubiera bienes, ni deleites para el placer, ni preferencias para la ambicion: en una palabra, que tomando la virtud por único oficio, no dejando otra ocupacion que aspirar á la santidad llegára tiempo en que se ignoráran aun los rumbos de la malicia. Bien conoceis, señora, la suma dificultad de practicar en el mundo este arbitrio: en donde reserva Dios esta industriosa gracia de vencer facilmente las pasiones es en la religion: pero reflexad brevemente como correspondieron los sucesos á los designios.

Se trataba de vencer unos enemigos tan universales, y tan estrechamente ligados entre sí, que acometiéndonos por todas partes, la entrada de uno solo abre una puerta franca á los demas. Por tanto, ¿qué pasión hay por inocente que parezca contra cuyos engaños no aplique la regla el mas oportuno remedio? Con una renuncia de todo bien, aun de la propiedad de las cosas mas viles, os va á preservar contra la avaricia: con humillaciones mortificantes contra el orgullo; con la obediencia ciega contra el propio amor; y aun para refrenar la nativa curiosidad del sexo, ¿qué precauciones en las precisas concurrencias para el oído y

la vista? Tratábase de sujetar unos contrarios tan infatigables y desvelados, que un solo momento de tregua los rehace y los alienta; por tanto, sin perdonarse en la religion momento, sin dejar un instante solo que no lo ocupe la virtud, desde el dichoso punto de la profesion hasta los últimos suspiros se suceden sin interrupcion los mas piadosos egercicios. Ya se trata con Dios en la oracion; y ya se aprenden sus máximas en los libros santos: ya se cantan las divinas alabanzas, y ya empleadas en una honesta labor se oyen lecciones útiles: ya egercicios de humildad, y ya austeras penitencias: ni hay tiempo sin destino santo, ni hay accion que no la regle la piedad. Sobriedad en el alimento, pobreza en el vestido, celosa custodia para hablar, y aun en el descanso del sueño, para que parezcan religiosas aun cuando están dormidas, no dejan el penoso abrigo de un hábito grosero. Por último se habian de tomar las sabias precauciones contra la astucia de unos enemigos tan diestros, que valiéndose de la accion mas ligera buscan aun en los destinos mas arreglados materia para sus asaltos: quitó por tanto la profesion religiosa su autoridad al interes, no permitiendo poseer los bienes sino en comul: cerró á

la ambicion la puerta, y sin dejar á las superiores otra distincion que la de las cargas, quiso que en lo demas sean iguales la que manda y la que obedece; y aun las precisas recreaciones las arregló de suerte con la circunspeccion cristiana que, mas que descanso, parezcan alegre uso de la virtud. Veis aquí, señora, en este breve compendio de vuestro estado un camino el mas llano, una gracia que con la economia mas prudente consigue con facilidad lo que allá en el siglo despues de rígorosos esfuerzos apenas se logra. Estas mismas pasiones, tan irreconciliables enemigos, faltándoles materia para sus ataques, obgetos para sus deseos, tiempo para acometer, cansadas finalmente hacen paces con la virtud, y mudado el traje se convierten en piadosas amables inclinaciones.

Pero igualmente estáis mirando en vuestra regla un edificio compuesto con tan maravillosa armonia, que una sola piedra que le falte se arruina, y cae desplomado por los suelos: un cuerpo todo corazon que adonde quiera que le hieran es la herida mortal. No hay en toda esta religiosa regla que os dirige punto que no sea de suma importancia, no hay parte que no sea del mas exacto cumplimiento.



to. Bien podemos de ella decir lo que nuestro amable Salvador enseñaba de su soberana ley: quebrantar el menor de estos consejos, mirar con desprecio la mínima de las instrucciones es ocupar el último lugar á los divinos ojos en la gerarquía religiosa: *Qui solverit unum de mandatis istis minimis, minimus vocabitur.* Porque ¿qué importa que la transgresion de alguno de estos puntos considerada en sí sea ligera, si ella corta la misteriosa cadena de esta gracia que tan facilmente sujeta las pasiones, y reduce la observancia á una insufrible dificultad? Observar la pobreza con cierto afecto de propiedad aun á los pequeños bienes, y con una estudiada limpieza y aseo que busca adorno hasta en el traje humilde: ser obediente pero conservar algun rasgo de independencia y propia voluntad con las superiores: ser puramente casta; pero fomentar no sé qué afecciones particulares sobradamente tiernas é inquietas, que hacen desear el mas continuo trato con el siglo, frecuentar sus concurrencias y gustar de su conversacion, es despertar aquellas ya casi muertas pasiones del corazon, que turbando el reposo hacen la regular observancia penoso y tirano yugo. Semejante entonces una alma religiosa á aquellos

désconsiderados israelitas que suspirando por las groséras viandas de Egipto les era amargo é insípido: el delicioso y suave maná; encuentra dificultades y amarguras adonde Dios le preparaba la mas dulce felicidad; vuelve atras los ojos y ya le parece apacible cuanto ha renunciado, representándole el mundo bajo las mas ríscueñas apariencias: los vanos bienes le parecen tesoros sus viles entretenimientos, gustosos sus plácemes, sus esperanzas sólidas: suspira por aquella engañosa felicidad; pero en vano: vuelve su corazon al recinto del claustro y no tropieza sino en disgustos; la soledad le parece esclavitud, la obediencia tiranía; no halla en la oracion sino desolaciones, inquietud; no descubre en la penitencia sino mortificaciones crueles; gime inconsolable, y dividida entre Dios y el mundo es presa de los mas tristes desconsuelos.

Pero quitad, señora, de vuestra imaginacion esa representacion sin objeto; ese retrato que por dicha nuestra no tiene original, y ocupetoda vuestra admiracion la venturosa felicidad que por el contrario asegúra á una alma religiosa la puntual observancia de su regla. Señora de unas pasiones que despues de vencidas le ce servir á los designios de su

instituto, camina sin estorbo, no ya de grado en grado, sino de cumbre en cumbre á lo mas elevado y escelso de las virtudes. No solo guarda la pobreza, sino que aborreciendo las riquezas aprecia por el mayor tesoro no tenerlas: no solo es humilde y obediente, mas llega á tener por su mayor honor el abatimiento y la sujecion. Sin que la edad ni por tierna, ni por anciana, ni la debilidad del temperamento, ni la delicadeza del sexo, ó la retraigan ó acobardén; su alimento es el ayuno, su conversacion la oracion, sus placeres la penitencia. ¿Qué hay que admirarse? Mudó en cierto modo de naturaleza en la religion: la práctica de su sabia regla le hizo inclinaciones del alma las virtudes obrando esta maravillosa transformacion aquellas menudisimas prácticas, aquellos no interrumpidos usos de piedad, aquellos que tal vez parecian, ó fervores desreglados de la devocion, ó imprudentes excesos de una santidad principiante. ¿Y hasta qué grado no llegaron por este medio tantos religiosos que se habian facilitado de modo la victoria de sus pasiones que no hallaban en la culpa sino penoso fastidio; porque como si no tuvieran carne y sangre, ó fueran de otra naturaleza, les era carga pesada aun el

preciso alimento y el sueño, porque les interrumpia el uso de sus virtudes? Así vivian los Efrenes y los Antonios, los Agustinos y Bernardos, modelos unos de la vida solitaria, y otros de la religiosa observancia. Así una Brigida, una Isabel, una Teresa y tantas otras felices testigos de esta felicidad: nada temian, ni perturbaba su espíritu; habian huido con el retiro los peligros de afuera; libres ya de las pasiones con la observancia de una regla que habia hecho doméstica la virtud, como sereno olimpo adonde no llegan las tempestades, gozaban una seguridad sin riesgo, una felicidad de obrar santamente sin estorbos.

¿Y temereis vos, señora? ¿habrá cosa que turbe vuestro corazon en este feliz día en que habeis hallado en la presencia de vuestro esposo esta doble gracia, estos dos inestimables beneficios? Pero ¿qué podeis temer ni que habrá que turbe vuestro espíritu, cuando anegado en un torrente de dulzuras llegó ya el término porque tanto habeis suspirado? Los honores, las riquezas, los placeres que sirven en el mundo de peligrosos lazos á la virtud, os servirán á vos cuando tan generosamente los habeis puesto á vuestros pies de brillantes tronos por donde podeis

montar hasta el mas elevado asiento de la santidad. Esa regla estrecha y severa será espaciosa senda que os conducirá hasta el cielo: esos preceptos austeros y rigurosos tesoros mas ricos que el oro y preciosas piedras, y mas dulces y suaves que la sabrosa miel. Por último, volved los ojos á ese virginal retiro que ha de ser vuestra habitacion hasta la muerte, y cuando el mundo gime oprimido de la disimulacion, de la discordia, de la desdicha, allí vereis reinar una concordia amable, una segura paz suavizándolo todo un espíritu, una regla y un fin: *Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum.* Bañadas aquí las almas consagradas á Dios con el aceite precioso de la gracia todo les es facil y suave: *Sicut unguentum quod descendit in barbam Aaron.* Aquí ha derramado Dios sus bendiciones, y una tranquila vida libre de temores: *Quoniam illic mandavit Deus benedictionem et vitam in seculum.* Tanto como esto encierran esas dos gracias de seguridad y facilidad que habeis conseguido en el estado religioso, prendas con que podeis prometeros una eterna gloria.

SERMON TERCERO  
DE PROFESION RELIGIOSA.

*Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae.*  
Luc. cap. 1. v. 68.

Un profeta grande que nace con el alto destino de precursor de Jesucristo: un solitario contemplativo que ha de unir en su persona la inocencia mas pura con la penitencia mas austera: un niño santo de antes que nacido en cuyo nacimiento comienzan á manifestarse los soberanos misterios de nuestra redencion, es el dia de hoy el asunto de las maravillas del cielo, el pasmo y asombro de la tierra, y el objeto de la veneracion y los cultos de la iglesia santa. Acercábase ya el feliz tiempo en que un Dios humillado y abatido habia de redimir al mundo, y publicar él mismo una ley estrecha y severa: y Juan habia de ser el elocuente predicador que el Señor enviara delante de sí para anunciar la penitencia. Interesábase